

La monja interna

REFLEXIONES SOBRE NUESTROS TALLERES DE
AUTOCUIDADO CON ACTIVISTAS

R O S A P O S A G U I N E A



Mis agradecimientos extremos a los aportes de
Alejandra Sarda, Natu Ferreira y Fernando D'Elio
para que salga este texto.

La monja interna

En los últimos 5 años coordiné con el equipo de Akahatá¹ más de 40 talleres por toda la región, en los que tuve la suerte de compartir con más de 500 activistas LGTBI y defensoras de DDHH de América Latina y el Caribe.

Este escrito expresa reflexiones en torno al tema de autocuidado y las resistencias internas a eso. No es un escrito académico como se darán cuenta, ni pretende serlo.

En este recorrido de talleres y diversas vivencias de activismo, donde analizamos juntas nuestras vidas y elementos vinculados a la forma de vivir, encontramos que siempre emergen creencias que nos desplazan del centro de nuestras propias vidas y del cuidado de nosotres mismos. En los talleres repe-

tidamente, para analizar estas creencias utilizo la imagen, el concepto de la “monja interna²”, concepto que, en este escrito, pretendo desarrollar.

Va con todo mi respeto a las monjas buena onda que están en el último rincón, en los alrededores de la periferia más expulsada, allá donde los curas no van nunca. Mis respetos cuando entregan sus vidas y mis no respetos cuando usan su lugar para perpetuar la discriminación y la violencia hacia LGTBI.

La monja interna de la que vamos a hablar acá es un personaje dentro de nosotres que aprendió a renunciar a lo propio, a quien le enseñaron que “amar es entregarse olvidándose de sí” (esto era la letra de una canción de parroquia).

1. En muchos de estos talleres compartimos creación de metodologías, contenidos y facilitación con Mujeres al Borde (<http://www.mujeresalborde.org>) a quienes agradezco todo este recorrido.

2. Tengamos en cuenta que hablamos desde un contexto con herencia colonial católica.

La monja interna aprendió que cuanto más se esfuerza es mejor, aprendió a no esperar ni recompensa ni reconocimiento, porque eso sería egoísmo; a no cuidarse porque sería vanidad, a creer firmemente que en el dar está todo. En la versión más entregada ni siquiera hay un cielo bello que te espera, sino que el único gozo está en dar.

En la construcción de las feminidades convencionales, está muy presente el “ser para otros” como definía Marcela Lagarde³ a las madresposas: la vida tiene sentido si está enfocada a dar lo mejor de una para que otras personas (marido e hijos) estén bien, se desarrollen, estén cuidadas, etc. Creo que esta es una de las claves del “ser mujer”, quizás muchas nos hemos rebelado contra la feminidad impuesta pero esta parte abnegado-generosa permanece. Podemos no tener esposo e hijos, pero tenemos un grupo, una organización,

asociación, sindicato o partido a quien entregarle nuestra vida.

La idea de la monja es no tener ataduras para poder entregar tu trabajo gratis (o casi gratis) a una causa, llámese Dios, la opción por los pobres o un mundo más justo.

Estos mandatos anclados en el fondo de nuestro ser activista, revolucionario, de izquierda, súper alternativo, disidente de la sexualidad y del género vienen de una trilogía que no tiene nada que ve con nosotros.

¿Recuerdan ese lema fascista “Dios, patria y familia”?

Quiero comentarles como eso está insertado en nuestra cabeza, aunque nuestras ideas estén muy muy lejos de esto. Vayamos paso a paso:

3. Lagarde, Marcela, Los cautiverios de las mujeres, madresposas, monjas, putas, presas y locas. UNAM México 1990. Reimpresión 2003

Es una referencia histórica de la que aprendí mucho. Ahora estoy lejos de su pensamiento. Recomiendo la lectura de este artículo: ¿Qué hago yo ahora con Marcela Lagarde? El dichoso “borrado de las mujeres” y el debate entre feministas

<https://abarquin.wordpress.com/2020/08/13/que-hago-yo-ahora-con-marcela-lagarde-el-dichoso-borrado-de-las-mujeres-y-el-debate-entre-feministas/>

DIOS:

Independientemente de las creencias de cada cual, quiero analizar la idea cultural del dios cristiano católico que flota en los páramos de nuestro cerebro, y en las veredas de nuestras ciudades.

En la cultura cristiana, el sacrificio es un elemento de dignidad humana: cuanto más te sacrificas, más merecés. La cumbre del sacrificio es Cristo que “da la vida” torturado y asesinado. La idea de que el máximo sacrificio es la muerte nos quedó grabada.

Sacrificarse es ser mejor persona.

Sufrir te hace merecer las cosas. Si sufriste merecés que te pasen cosas buenas, si gozaste llegó la hora de que te jodas, si gozaste, merecés un castigo.

Esto es muy simple y no lo pesamos tan así, pero en alguna parte de nuestro ser está.

Entonces:

El sacrificio y el sufrimiento son extremadamente valorados.

Disfrutar y descansar siempre es sospechoso.

Alguien que sufre merece nuestra empatía, alguien que goza no.

Así está configurado una parte del residuo colonial en nuestra mente.

PATRIA:

La patria es un concepto de doble filo.

Para las personas bienintencionadas es el bien común. Es independencia, autogestión, orgullo de ser, etc.

Pero desde los años 1800, la patria formada luego de la independencia de la colonia retomó formas coloniales de ser y de organizarse.

Hay una idea siempre bélica y de necesidad de defenderse de lo externo/distinto “que amenaza a la patria”, los héroes de la patria son hombres, en su mayoría militares.

Hay una idea de que lo máximo es morir por la patria.

Ya otra vez morir o entregar la vida.

En todas partes hay monumentos a soldados caídos, héroes y mártires de la patria.

Por lo tanto, morir se siempre está bien. Casualmente siempre se mueren los que no deciden que se declare una guerra.

Esta idea de morir se suma a la idea cristiana. De hecho, va todo junto, recuerden que para que existan las naciones era necesario borrar las diversidades y reducir todo a una idea, una nación, un himno, una bandera, un solo idioma, una sola forma de sexualidad, una sola forma identificarse con tu cuerpo, una sola religión, etc.

FAMILIA:

La familia es donde hay que entregar la vida según el mandato de género para las mujeres. Sacrificarse para que las personas que integran esa familia estén bien, el esposo, hijas, hijos, hijos.

Como esto está grabado en el fondo de nuestra programación vital, aunque no haya esposo o no haya hijos, puede haber una organización, fundación, partido, sindicato. El caso es que hay que postergarse para ser una buena persona.

Podemos no tener hijos (o sí también) pero tenemos organizaciones a quienes debemos cuidar, le damos nuestro tiempo, nuestra plata, nuestro trabajo gratis

Podemos ser las madresposas permanentes: dar, dar y dar a otros y que nadie se dé cuenta de lo nuestro. Dar en silencio, que nadie sepa, es lo más. Autoborrarnos para que brillen nuestros “maridos e hijos” (todo en masculino).

En la casa hay tareas silenciosas del trabajo doméstico que muchas veces el resto de la familia tiene la sensación que se hacen por arte de magia pero las hacen las mujeres. En las organizaciones también pasa esto: después de una reunión en la que cambiaste el mundo los vasos se recogen y se lavan solos.

Quiero extender esta idea del mandato para las mujeres cis género. heterosexuales a las personas LGTB por lo siguiente. Si sos lesbiana, además de tener grabado ese mandato de servidumbre, “debes compensar” tu lesbianidad siendo la más entregada, la más generosa, la más cuidadora. No importa si tu suegra es súper desagradable, pero hay que conmutar la culpa de la lesbianidad con cuidados heroicos.

Si sos una persona trans, al menos tenés que sostener económicamente, conozco miles de casos en que las familias están colgadas de la persona trans (aunque en el fondo no acepten ni reconozcan). Es como el pago por estar, el pago por existir.

También, aunque menos, he visto casos de gays cuidadores de familias para compensar esa gaytud.

Estas ideas de dios patria y familia, que no son nuestras ideas, viven en nosotras, en nosotros, nos impiden pensar en un autocuidado en serio porque nos susurran al oído que la autopostergación es lo máximo, que priorizar siempre a las otras personas es lo mejor.

En realidad, es lo mejor para que el sistema patriarcal se perpetúe. ¿Cuánto trabajo gratis hacemos por amor? Por amor a una persona, a una idea, a una agrupación, partido, parroquia, sindicato, organización.

Para resumir todo esto uso la figura de la monja interna, como símbolo del sacrificio permanente, la ausencia de pla-

cer, la perpetua autopostergación y borrado social.

Esto pasa en el activismo, sí.

No le pasa a todo el mundo, claro, en el otro extremo tenemos los egos supremos que también hay muchos. Podrían ser las abadesas, la madre superiora o el padre prior, según gustos.

La monja interna resume la cultura de sacrificio como único camino, el sacrificio es lo mejor y te lleva al cielo. La cultura del mártir nos encanta, nos encanta la posibilidad que si nos morimos alguien lleve nuestra cara en su camiseta.

El sacrificio es también matarnos cada día un poco, enfermarnos un poco, borrarlos a cada rato, aceptar o autoimponernos sacrificios

El activismo no es religión.

El autocuidado no es el extremo opuesto de no hacer nada voluntariamente, exigir pago por todo, sobrevaluar nuestros aportes, creer que el mundo debe homenajearnos. La propuesta no es convertirnos en abadesas o madres superiores, ni en superestrellas ególatras. La idea es navegar en equilibrio, el amor propio no es renunciar a la comunidad, todo lo contrario.

El autocuidado es el equilibrio, cuidarse, no postergar nuestra salud, reaprender a escuchar nuestro cuerpo y nuestras necesidades.

También nos han enseñado a pensar que el disfrutar es una cuestión de dinero, que el goce es solo para gente rica, que sin recursos no se puede disfrutar y esto no es así.

Hay cosas básicas del funcionamiento de nuestro cuerpo que no están relacionadas con el lujo: dormir, completar nuestras funciones digestivas, respirar, estar tranquilo. Estar bien no es un lujo. El autocuidado no es un lujo: es una necesidad.

Sé que la vida de muchas defensoras de derechos humanos está en continua amenaza, que a veces es imposible dormir, o tener un minuto de tranquilidad por el hostigamiento de viene de afuera.

En este texto me refiero nuestra disposición interna como activistas, que está plagada de ideas muy arraigadas para no cuidarnos, para no sostenernos.

Autocuidarse no es dejar de lado la generosidad: es hacerse responsable de sí misma, de sí mismo, escucharse, conocer y poder plantear los propios límites, no juzgar tanto. Ocuparse de una misma es, a largo plazo no cargarle a las otras personas con tu salud cuando no puedes más. Parece algo egoísta en un primer momento, pero es lo más responsable y

generoso que podés hacer por tu organización, tu familia, tus personas queridas.

Pensemos en la monja, en la muerte, en la patria, en el martirio y démosle la vuelta. Estar bien no es una propuesta descabellada.

Desterremos a la monja o al menos podemos tratar de anestésicarla un poco. También podemos abrazarla, enseñarle el placer y el descanso, hacerla reír, divertirse en todas sus formas.



akahata@akahataorg.org

www.akahataorg.org